

# AQUELLA TÍA PACATA

Por PABLO CAZAU



Desde que éramos niños las reuniones sociales fueron siempre más o menos iguales.

¿Cómo nos presentábamos en sociedad en las décadas del 50 y 60? Porque llegaba un momento en que debíamos decir algo frente a los parientes. Nuestros padres nos llevaban a la casa de los tíos y los primos con el pelo corto prolijamente engominado y, en la vereda, antes de entrar, nos daban los últimos retoques y nos conminaban a ingresar con el porte erguido montado sobre los zapatos “Bandolero” obsesivamente lustrados el día anterior.

Al entrar, sentíamos el olor de las masitas de confitería mezclado con la cera de los pisos de madera, y por supuesto la primera en recibirnos era aquella tía pacata devota de la reina Victoria que nos miraba de arriba abajo con el ceño fruncido, y lista para hacernos las previsibles preguntas de rigor, entre las cuales ni por asomo se encontraban aquellas del tipo “¿Hacés terapia para la enuresis?” o “¿Tenés alguna noviecita nueva en Facebook?”.

La tía nos miraba siempre con recelo como si nunca nos hubiera visto, y cada nueva reunión nos sometía al mismo y maldito interrogatorio de siempre. Y ahí soltaba preguntas como qué había aprendido hoy en la escuela, y yo le contestaba siempre, año tras año, que había hecho una composición sobre la vaca.

- ¡Ohhh! ¡Qué original! - exclamaba siempre, sin ningún asomo de ironía.

Y luego cuando me preguntaba qué había escrito sobre la vaca, le decía que lo único que recordaba era que había que tener cuidado antes de ordeñarla, porque podía tratarse de un toro.

Se quedaba pensativa, quizás imaginando como se ordeñaba un toro, pero cuando se veía invadida por malos pensamientos, prontamente cambiaba de tema.

- ¿Qué libros has leído?

A mí inmediatamente me venía a la cabeza las “Memorias de una princesa rusa”, pero enseguida después pensaba que yo nunca había leído tal cosa, e incluso llegaba a dudar de que tal libro hubiera existido alguna vez. No era cuestión que la bruja me leyese los pensamientos. Mi cerebro comenzaba en estos casos a trabajar rápido buscando la mejor respuesta, y en una ocasión mis neuronas encontraron una palabra que ni yo mismo sabía que conocía:

- ¡Shakespeare!

Pero ello aún no la convencía, y continuaba con su escrutinio policial:

- ¿Y qué has leído de Shakespeare?

Nunca supe como llegué a contestar:

- No me acuerdo porque estaba en guaraní.

- ¿Y qué otras cosas has aprendido en la escuela, pequeño?

- Ohhh... muchas cosas, tía. Que Homero Simpson fue el autor de La Ilíada, que Alejandro Magno era el cuñado de Carlomagno, que Colón tenía una sola cara, pero tres calaveras, y que el lago Ness debe su nombre al famoso Elliot Ness, que descubrió allí al monstruo de Al Capone.

Con tales respuestas la tía pacata comenzaba a dudar de nuestro equilibrio mental, e inmediatamente preguntaba con temor si me había ido bien en todas las materias, y fue allí que le dije que me había sacado un 10 en matemáticas. Y con mayor orgullo aún e hinchando el pecho, agregué que solamente me habían sonado en Actividades Prácticas. Después de todo, no cualquiera era capaz de reprobar una asignatura tan fácil.

- Y dime pequeño, ¿eres bueno para escribir?

- Mi maestra siempre se pone a llorar con las cosas que escribo.

- ¡Ohhh! ¿Tan sensible eres?

- No, lloraba por las faltas de ortografía.

En este punto mi tía suspendía las preguntas, me acariciaba tiernamente la cabeza y me invitaba a comer masitas dispuesta a olvidar la aberrante respuesta.

Cuando finalmente nos fuimos, me saludó con la mirada helada y un murmullo ininteligible que me sonó a reproche. Tal vez, pensé, algún imprudente le había dicho que la nota máxima en mi colegio era un 100.

Con mi mamá era distinto. Ella sabía que yo no era un niño culto, pero quería que los parientes supieran que lo era. En aquel entonces ser culto era haber leído a Shakespeare y Cervantes Saavedra, escuchado a Mozart y a Bach, admirado a van Gogh y Rembrandt. De hecho, jamás me interesaron esas cosas porque me resultaban abrumadoramente aburridas. Prefería esconderme a leer a Sandokan y Patoruzito, y dudo mucho que hubiera sido una mejor persona de haberme interesado por los clásicos.

La escena con la tía se repetía todos los años, aunque siempre había pequeñas variaciones. Por ejemplo, llegaba un momento en que mi tía pacata asumía con desazón que yo siempre me llevaba materias a diciembre y a marzo, con lo cual su pregunta de rigor era:

- ¿Empezaste a estudiar para los exámenes?
- ¡Ohhh, no! Siempre empiezo un día antes.
- ¿Y crees poder aprender todo un día antes?

Pensando que quizás podría haber llegado el momento de impresionarla con mis capacidades, le contestaba:

- Es que yo no necesito estudiar, sino que deduzco. Deduciendo sale todo.

Intrigada, me pedía ejemplos.

- Bueno, yo aprendí que un cuadrilátero es una figura de cuatro lados, y no necesito estudiar para saber que, por deducción, un bilátero debe ser una figura de dos lados, y un unilátero es una figura de un solo lado.

Al día siguiente mi tío me llamaba por teléfono para preguntarme qué había hablado con la tía, porque la encontró a las tres de la mañana buscando inútilmente la palabra “bilátero” en los diccionarios. Obviamente, mi tía no tenía la más remota idea de geometría (igual que yo), siendo sus únicas y auténticas especialidades hacer cintitas Ribonnet para regalos y abrumar con interrogatorios policiales a sus desprevenidos sobrinos.

(Extraído de PC “Escritos trasnochados”)